

LA CALLE PERDIDA
de Pedro Gascón Sanmartín

Hubo un tiempo en el que por la mañana muy temprano las mujeres barrían la calle. Lo hacían cumpliendo la antigua costumbre, heredada de todas las mujeres que las precedieron, de ocuparse de un espacio que sin ser de nadie era de todas. Cuando yo era niño aquellas mujeres arrastraban las escobas de esparto por donde según una ley no escrita les correspondía: alrededor de la casa propia, y de la ajena en caso de enfermedad o mayor desgracia de la vecina.

Yo las oía desde la cama de mi infancia arrimada a la pared, bajo la ventana, mientras apuraba el último sueño en el que el rumor de su tarea me sumía. Era un tiempo muy distinto, de casas bajas con corral trasero, enormes gatos en los tejados y niños jugando en la calle.

Aquellas mujeres, todas ancianas, todas vestidas de negro, todas viudas, pese a sus distintas circunstancias y suertes compartían la tarea común que el preciado vínculo vecinal obligaba. De las vecinas podía esperarse en muchos casos tanta ayuda y auxilio como de la familia. Por eso, a pesar de todo, aquellas mujeres que recuerdo de cuándo era niño barrían la calle juntas. Por eso no hablaban de lo que todas sabían: a la del primer número par le fusilaron a su padre después de la guerra; la del segundo impar perdió a su hermano en la División Azul; la del segundo par heredó más tierra que la que su familia entera podía labrar mientras que la del tercer impar nunca tuvo ni casa ni huerta en propiedad; la del número 8 era hija de maestro socialista y la del 9 de concejal falangista.

—Es mejor callar por el bien de la calle y del vecindario -decía precisamente la más desgraciada de todas-.

Pero hablaban del viento, del viento del oeste que en verano en esta parte del Mediterráneo es seco y extremadamente caluroso.

—Tres días dura el poniente -repetía una lo ya sabido por todas-.

—Cerrarlo todo para que nadie reviente -añadía otra-.

—Aire caliente, y fría el agua corriente -concluía la tercera para iniciar la risa de todas-.

Hablaban sí, yo las oía, del frío en el invierno, de lo que crecía el día en primavera y menguaba en otoño, de noviazgos, casamientos y nacimientos, de fortunas y penas propias y ajenas, de sus maridos y sus hijos, de la cocina y del mercado. Hablaban de quién moría, que entonces siempre eran otras personas y no ellas.

Los carros y los animales que en esa época los arrastraban dejaron de existir; las bostas dejaron sitio a las manchas del lubricante y los niños al peligroso tráfico. Donde en verano se sacaban sillas buscando el fresco de la noche aparcaron los coches todo el año y todo el tiempo. Las mujeres, ya ancianas, resistieron no obstante todo lo que pudieron. Pero cada vez más silenciosas, cada año más impedidas por las limitaciones de su edad, se dieron finalmente por vencidas. Una mañana de verano, muy temprano, como siempre, una mañana del segundo día de poniente, vieron pasar una extraña máquina de la empresa municipal de limpieza. Ese día supongo que comprendieron que la barredora mecánica anunciaba el final de su mundo y de su tiempo.

Creo que se dejaron morir poco a poco. Una después de otra abandonaron para siempre su calle en el centro del desfile camino del cementerio, donde les esperaban padres y maridos.

Después de morir todas, años después de dejar escuchar el rumor de sus escobas por la mañana bien temprano, el ayuntamiento hizo peatonal la calle que durante tanto tiempo había sido de esas mujeres que habían hecho aquel

espacio propio y compartido al mismo tiempo. Pero nadie comprendió entonces lo que eso significaba.

Todas las mañanas, muy temprano, despierto creyendo escuchar lo que ya no existe, lo que se ha perdido tan irremediabilmente como los vivos perdemos la vida.